



NAC-USA
DEVELOPMENT
INSTITUTE

El libro de
Isaías

El Siervo
sufriente

GUIÓN DE MITAD DE SEMANA

El Siervo
victorioso

2019

Abril

Sesión 1 – El libro de Isaías

Bienvenidos a nuestra experiencia de mitad de semana de abril. Este mes, celebraremos los días santos de Domingo de Ramos, Viernes Santo y Pascua. Durante nuestro tiempo juntos entre la semana, exploraremos cómo Dios predijo la obra del Mesías a través del profeta Isaías. Reconoceremos cómo Dios ha atraído repetidamente a Su pueblo a Sí mismo, en el transcurso de los siglos, enseñándoles a confiar en Él. El propósito de esta primera sesión es proporcionar el contexto y los antecedentes históricos del libro de Isaías.

El libro de Isaías es el primero de los Profetas en el canon en español, y es conocido, junto con Jeremías y Ezequiel, como uno de los profetas «mayores» debido a la extensión y el alcance de sus escritos. Este increíble libro del Antiguo Testamento está lleno de imaginación poética, visión profética y una estructura compleja. Escrito durante una época tumultuosa en la historia de Israel, este libro es una colección de dichos proféticos dirigidos a distintos grupos en el transcurso de varias generaciones. En primer lugar, Isaías escribe a sus conciudadanos israelitas, quienes se habían convertido en un pueblo rebelde; luego a los israelitas derrotados en el siglo VI a. C. quienes estaban en exilio en Babilonia; y finalmente, a los creyentes de las generaciones venideras, quienes serían responsables de mantener el pacto de Dios. Las palabras que anunció estaban llenas de advertencias, confrontación y reproches al pueblo de Dios debido a su infidelidad.

Isaías escribe en el capítulo 6 que fue llamado por Dios para servir al pueblo de Dios *en el año que murió el rey Uzías* (Isaías 6:1), el cual fue en el siglo VIII a. C. Durante ese tiempo, Israel se había dividido en dos reinos, Israel y Judá. La primera parte del libro, capítulos 1 al 39, describe este tiempo y el juicio venidero a manos de los asirios. El profeta hizo énfasis en el pecado, el llamado al arrepentimiento y el juicio. Isaías guió a dos de los reyes de Judá durante su tiempo, Acaz y su hijo, Ezequías. Durante el tiempo de Acaz, el reino de Judá fue amenazado por Siria e Israel. Acaz, sin confiar en Dios, fue en contra del consejo de Isaías y convocó la ayuda de los asirios para combatir la amenaza. Este acontecimiento llevó a la asimilación del reino del norte de Israel por parte del imperio asirio alrededor del año 721 a. C. Osadamente, Asiria entonces amenazó al reino de Judá. El rey Ezequías, en cambio, se volvió y confió en Dios para su liberación, y el ejército asirio fue destruido.

La siguiente sección del libro de Isaías, capítulos 40 al 66, mira más de un siglo hacia el futuro para alentar al pueblo de Judá, que sería llevado al exilio en Babilonia. La caída final de Judá podía preverse en la apertura sin reservas de Ezequías a la influencia babilónica. Isaías reconoció que el entusiasmo de Ezequías por Babilonia significaba un futuro de cautiverio para el pueblo de Dios. Mientras que la primera parte del libro se centra en la acusación y el juicio, la última parte se centra en el perdón de Dios, la liberación y la restauración de Israel. A pesar de la rebelión de la nación, Isaías describió un día venidero en el que Dios demostraría la majestad de Su misericordia y gracia.

El propósito de Isaías fue declarar las buenas nuevas de que Dios se glorificará a Sí mismo a través de la gloria renovada y aumentada de Su pueblo, quienes llamarían la atención de las naciones. Para cumplir esa promesa, Isaías acusó al pueblo de Dios de pecado y rebelión contra Aquél que los creó y redimió. Él instruyó a esos pecadores a reformar sus caminos y actuar obedientemente, y anunció el juicio de Dios sobre las personas a causa de su pecado. Finalmente, reveló que Dios restauraría a Su pueblo en el futuro. Como parte de esta restauración, Isaías predijo tanto el juicio de las naciones como la futura conversión de las naciones a Dios. En su mensaje, Isaías emplea los siguientes temas: Dios, el Santo de Israel; confianza en Dios; y el Mesías, Siervo y Redentor.

El libro de Isaías es una visión de esperanza para los pecadores a través del Mesías venidero, que promete un mundo nuevo para el pueblo redimido de Dios, donde el mal es derrotado y el dolor será olvidado por siempre. Así como Isaías llamó al pueblo de Dios al arrepentimiento, los alentó durante el exilio y fijó su mirada hacia un futuro Mesías y Redentor que sería el siervo fiel de Dios para siempre, Sus palabras sirven para enseñarnos y alentarnos hoy.

Sesión 2 – El Siervo sufriente

«¡El cuerpo y la sangre de Jesús dados para ti!». Escuchamos esta frase cada Servicio Divino. ¿Qué tan a menudo nos detenemos a pensar qué significa realmente? ¿Qué significa *dar* tu cuerpo y sangre?

En la sesión de esta semana, abordaremos la profecía del Siervo sufriente, presentada en el capítulo 53 de Isaías. Tomando prestado el método de Handel en el famoso oratorio *El Mesías*, exploraremos cada versículo individualmente para hallar su significado más en profundidad. Si tienes una Biblia, ¡por favor lee conmigo!

Los primeros tres versículos de Isaías 53 se centran en cómo el sufrimiento del Siervo fue malentendido por quienes lo observaron. Leamos los dos primeros versículos: «¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? Subirá cual renuevo delante de Él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en Él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos» (Isaías 53:1-2).

El *brazo de Jehová*, o la ayuda y el poder de la presencia de Dios, se menciona varias veces en el libro de Isaías. En este versículo, podemos entender que Isaías está hablando de un tiempo futuro después de que el brazo de Jehová haya llegado, en la forma de Siervo, para salvar a Su pueblo. Las preguntas al inicio de este capítulo dejan claro que quienes lo rodean no se dieron cuenta, y el siguiente versículo nos dice por qué: el Siervo no parecía ser nada especial. Él era un simple hombre, y no uno excepcional con base en Su aspecto, por lo que fue tratado con indiferencia. El versículo 3 lleva estos malentendidos un paso más allá: «Despreciado y desechado entre los hombres, Varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de Él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos».

La palabra «despreciado» utilizada en este versículo, enfatiza que el Siervo no sólo era malentendido, sino incluso detestado y observado con desdén. Y al esconder sus rostros, lejos de seguirlo, lo rechazaron. La palabra «estima» en este versículo es en realidad un término contable, un cálculo de valor. La última línea del versículo 3 señala que, cuando fue evaluado por las personas que lo vieron, el Siervo carecía de valía ante sus ojos; por lo tanto, Su sufrimiento no tenía valor.

Los versículos 4 al 6 explican los versículos anteriores; nos dicen por qué sufrió el Siervo: por los pecados de la humanidad. Comencemos con el versículo 4: «Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido». Sí, el Siervo fue un *Varón de dolores*, pero no eran los Suyos: eran los nuestros. Otro significado para la palabra *herido* es azotado, humillado. Esta línea expone que quienes vieron Su sufrimiento asumieron que era de Dios y, por lo tanto, debidamente merecido.

El siguiente versículo, sin embargo, revela la verdad: «Mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por Su llaga fuimos nosotros curados». El Siervo sufrió por nuestro pecado: Su sacrificio fue un sustituto de nuestro castigo, y a través de Su dolor y heridas, nuestra alienación de Dios fue sanada y restaurada. En algún momento de esta semana, lee estos versículos nuevamente y toma tiempo para ver la crudeza y el dolor que el autor expresa tan poéticamente. Las palabras dan una imagen de un sufrimiento real y horrible que no debería perderse.

Leamos el versículo 6: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, nos apartamos cada cual por su camino; pero el Señor hizo que cayera sobre Él la iniquidad de todos nosotros» (LBLA). La imagen de las ovejas hace énfasis en nuestra naturaleza humana y la incompetencia. Como uno de nuestros himnos nos recuerda: «Propenso me siento, oh Señor, a vagar». El autor también enfatiza la culpa común de la humanidad y nuestra pecaminosidad individual al comenzar con la palabra «todos», y luego, en la siguiente línea, utilizando: «cada cual por su camino». Todos somos responsables de nuestro pecado. La palabra «iniquidad», utilizada repetidamente en estos versículos es más que sólo otro término para el pecado; desde su raíz, implica algo torcido o corrompido y refleja la distorsión de la humanidad a causa del pecado.

«Pero el Señor hizo que cayera sobre Él la iniquidad de todos nosotros». Este fue un acto divino. El Siervo era el plan y la provisión de Dios para nuestro pecado. Él fue la satisfacción por nuestro castigo, y Su sufrimiento cumplió la voluntad de Dios. Estos últimos tres versículos enfatizan que el Siervo estaba solo en Su sufrimiento, y finalmente en Su muerte.

Los versículos 7 al 9 describen la muerte voluntaria e inmerecida del Siervo. A pesar de que no merecía morir, Él murió con disposición. Comencemos con los versículos 7 y 8: «Angustiado Él, y afligido, no abrió Su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de Sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió Su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y Su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido».

En silencio, el Siervo soportó Sus sufrimientos y murió. Es comparado con un cordero que fue llevado al matadero, sin embargo, un animal no sabe conscientemente lo que está sucediendo; a diferencia del Siervo, que no lo ignora, y aún va dispuesto.

La idea de un sacrificio sustitutivo se aparta bastante del resto del Antiguo Testamento, donde las personas expiaban por sus pecados con sus continuos sacrificios de animales. Esta profecía señala la necesidad de un sacrificio más grande, donde la sustitución de animales es insuficiente y donde el pecado es más grave: cuando es deliberado, cuando elegimos pecar. Sabemos que algo está mal, pero lo hacemos de todas formas. Sólo una voluntad de consentimiento puede sustituir una voluntad rebelde. Así el Siervo, sin pecado, aceptable ante Dios Santo, se sometió al sufrimiento y a la muerte, como el una vez traído y eternamente valedero sacrificio.

«Y Su generación, ¿quién la contará?». La frase es un poco difícil, pero podemos entender esto como el cuestionar quién, si alguno, de Sus contemporáneos anunciará que murió por los pecados de las personas. Una vez más, un recordatorio de que el sufrimiento del Siervo fue malentendido por aquellos en Su tiempo.

Leamos nuestro último versículo: «Y se dispuso con los impíos Su sepultura, mas con los ricos fue en Su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en Su boca».

Leído en el contexto del Antiguo Testamento, este versículo es inaudito. Si fue condenado y murió con los impíos, los criminales, entonces Él también debió haber sido sepultado con ellos. Este versículo es realmente sólo comprensible en su cumplimiento en Jesús. Y creo que esto realmente resume nuestra contemplación a través de estos nueve versículos en Isaías; cuando los acontecimientos en la vida de Jesús proporcionan la explicación de esta profecía, estamos seguros de que Él es el Siervo sufriente.

Él fue despreciado, rechazado, molido, abatido y muerto por nuestro pecado y por nuestra reconciliación con Dios. A medida que nos acercamos a la Santa Cena este domingo, y en cada Servicio Divino, tomemos tiempo para contemplar lo que significó para Él dar Su cuerpo y sangre por nosotros, y cavilemos en cómo, estuvo dispuesto a sufrir solo, para ser el Salvador de todos. Permite que esta dádiva de gracia te conduzca en este Tiempo de Pasión.

Sesión 3 – El Siervo victorioso

Bienvenidos a nuestra última experiencia de mitad de semana del mes. En la sesión de hoy, nos enfocaremos en la profecía de Isaías sobre Jesucristo como el Mesías, el Siervo victorioso.

Continuaremos donde nos quedamos en nuestra última sesión, al final del capítulo 53 de Isaías, versículos 10 al 12. Leamos juntos el versículo 10: «Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto Su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en Su mano prosperada».

Este versículo resume los versículos 1 al 9, reiterando que Jesús murió como un sacrificio por nuestro pecado. Dios se agradó y estuvo satisfecho con Su ofrenda, que nos reconcilió con Él a través de Cristo. El versículo habla de Su *linaje*; el linaje o la descendencia de Jesús son aquellos que Él ha redimido. Efesios capítulo 1 nos dice: «En Él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de Su voluntad» (Efesios 1:11). ¡Tenemos una herencia por medio de Cristo!

La última parte de este versículo dice: «Vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en Su mano prosperada». Jesús estuvo muerto, ¡pero ahora vive! Y porque Cristo vive, nosotros también vivimos, porque Él nos da nueva vida. El plan y los propósitos de Dios han prosperado y han sido completados por medio de Cristo, que ahora está sentado a Su diestra con poder y autoridad.

Continuemos leyendo el versículo 11: «Verá el fruto de la aflicción de Su alma, y quedará satisfecho; por Su conocimiento justificará Mi Siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos». Este Siervo, Jesucristo, sabía lo que tenía que hacerse para reconciliar a la humanidad con Dios. Debido a que era justo, cumplió la tarea con disposición a través de Su vida, sufrimiento y muerte. A través de Su sacrificio, ¡Jesús comparte Su justicia con nosotros! Hemos sido justificados mediante Su victoria sobre la muerte, como podemos recordar en el mensaje del Apóstol Mayor para el año 2016, cuando citó a 1 Corintios: «Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1 Corintios 15:57).

Finalicemos el capítulo 53 de Isaías con el versículo 12: «Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó Su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo Él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores». Cristo fue victorioso a través de la conquista. ¿Y quiénes son los fuertes que Él derrotó? El pecado y Satanás, la muerte y el infierno. ¿Cuáles son los despojos de esta batalla? Los fieles y redimidos por quienes Él murió: ¡Somos Suyos!

Podemos regresar a Isaías 52, versículo 13 para resumir nuestro estudio: «Miren, Mi Siervo triunfará; será exaltado, levantado y muy enaltecido» (NVI). Aquí vemos el triunfo del sacrificio de Jesús, escrito tan elocuentemente con tres frases simples: Jesús será **exaltado** en Su resurrección de los muertos, **levantado** en Su ascensión al cielo, y **muy enaltecido** al estar sentado a la diestra de Dios.

El mensaje de nuestro Servicio de Pascua: ¡Jesucristo vive! Nos alentó a profesar la victoria de Cristo. A medida que reflexionamos sobre el Tiempo de Pascua, nunca perdamos de vista el hecho de que Jesucristo fue victorioso para cada alma, porque Dios desea que todos sean salvos, y nuestro papel como cristianos es ser testigos de estas buenas nuevas, profesando a todos que la salvación puede encontrarse en Cristo.

A medida que concluimos nuestro estudio de Isaías, podemos llevar con nosotros este versículo del capítulo 25, durante el resto de nuestro Tiempo de Pascua: «Este es el Señor a quien hemos esperado; regocijémonos y alegrémonos en Su salvación» (Isaías 25:9 LBLA).